

En estos días se está celebrando en Madrid la Feria de San Isidro, máximo festival taurino de España y también del mundo, porque la de los toros es la única capitalidad mundial que Madrid no parece haber perdido desde los días de pasado esplendor. La plaza de las Ventas, a la que en el lenguaje taurino se denomina «Madrid», en contraposición a la de Vista Alegre, en el barrio de Carabanchel —se dice que un diestro torea en Madrid solamente si lo hace en las Ventas—, está tan celosa de su supremacía, de su condición de aula magna del mundo de los toros, que el año pasado, cuando un presidente impulsivo concedió a Palomo Linares el famoso rabo de un toro, después de haberse abstenido la difícil plaza de Madrid de conceder tales trofeos durante más de cuarenta años, al día siguiente aparecieron en los balconillos de algunas andanadas banderas con crespones negros, en señal de pésame por haber sido allanado el soberbio castillo de la cátedra del toreo. Igual que sucede en cualesquiera otras plazas, los entendidos, los partidarios del toreo clásico, en contraposición al tremendismo y al sensacionalismo, los puristas del arte de torear están en Madrid en minoría. Pero tienen su peso, y la otra tarde, el mismo Palomo Linares se volvió irritado contra los puristas de la andanada del 8, que le estaban acusando todo el tiempo de torear «con el pico» de la muleta, en vez de hacerlo de frente, y les arrojó un sarcástico beso con la mano. Debido a la presencia de estos entendidos, y a pesar de la existencia de un público dominguero que no entiende de toros, se está exigiendo mucho este año de los toreros. Se han escuchado broncas de antología. Un grupo influente de críticos taurinos se han propuesto, de unos años a esta parte, la dignificación del arte del toreo y han mantenido una lucha tenaz hasta conseguir de las autoridades que dictaran la norma que consideraban fundamental para ello y que afecta a la edad de los toros. Se dice que la feria se ha hecho «bajo el signo del 9», porque los toros que han salido llevan el número 9, marcado a fuego en la paletilla, documento nacional de identidad este que acredita que estos toros nacieron el año 1969 y tienen «cinco yerbas», es decir, cuatro años, que es la edad hoy exigida legalmente para las corridas de toros. Hasta el año pasado salieron para estas corridas toros de tres años, «utrerros», y el hecho de que ahora salgan «cuatreños» ha significado un importante cambio en la marcha de la fiesta. Para un toro, el salto del tercer al cuarto año de vida significa pasar de la infancia a la edad adulta. El animal cobra mayor «sentido» y no se deja torear con la candidez que solía verse o, en todo caso, se da cuenta de que le están torearando y aprende en seguida los lances a que el lidiador le somete. No hace muchos días, Forges dibujaba en un chiste, en el suplemento de

## silla de pista

### LA FERIA DE LOS TOROS

«Informaciones» un toro que hablaba en latín. Con esto se les han puesto las cosas algo más difíciles a los toreros. No se trata ya de los toros, a los que se les podían dar los «cien pases» proverbiales, y, en esta feria, hemos visto fracasos resonantes de toreros que salieron mucho más airoso el año pasado. Ni Andrés Vázquez ni Antonio Bienvenida, aunque han sido grandes lidiadores, han demostrado estar a su altura en esta feria. Camino y El Viti han tenido que luchar mucho para arrancar a sus enemigos alguna faena lucida. Luis Miguel, en la corrida estelar de la feria, dio, como se dice en el lenguaje taurino, el «mitin» y recibió una ruidosa bronca. Como venía vestido en color salmón y oro viejo, y no daba pie con bola con la muleta, un espectador le llamó a grandes voces «la pantera rosa». Palomo ha dado a entender claramente que él no es el torero brillante que se había supuesto. Uno se pregunta qué haría El Cordobés con estos toros.

Con éstos, quiero decir con algunos de los toros que han salido en la Feria de San Isidro. La picaresca de la fiesta es tal, que parecen existir trampas para todo. El afeitado, a pesar de la prohibición legal, se viene practicando ampliamente. Las artes de peluquería son de una rara perfección. Por otra parte, como decía un crítico taurino, los ganaderos «llevan muchos años echándole agua al vino». Debido a los cruces genéticos muchos ganaderos han creado tipos de toros perfectamente comerciales, «cómodos» de cuernos, sin casta ni trapío, que se adaptan perfectamente a las exigencias de las llamadas «figuras». Los toreros de más nombre, y hay alguna excepción, suelen lidiar los toros menos bravos y dejan los miuras, los pablorromeos, los tulios y otros de ganaderías conocidas por la bravura de las reses para los toreros «modestos». En algún momento de esta feria ha habido, al parecer, un plante de «modestos» por esta causa, con el muy lógico argumento de que son

los toreros que menos cobran los que tienen que cargar con las fieras corru-pias. En la feria de este año no se ha hablado de otra cosa que de la edad y bravura de los toros. No ha habido grandes faenas, pero a los entendidos les ha satisfecho ver el mayor nivel del ganado. A pesar de todo, los veterinarios, y también el público y los presidentes en la plaza, han tenido que rechazar a muchos toros por falta de bravura, por debilidad de los cuartos traseros, o por ciegos, cojos, etc. Se ha dado el caso, en la corrida más importante de la feria, en la que Luis Miguel Dominguín aparecía por primera vez en las Ventas después de trece años de ausencia de la plaza, aunque había actuado ya en otras plazas desde su reaparición, de que la ganadería de Atanasio Fernández, de Salamanca, tuvo que traer a Madrid hasta veinte toros para elegir los seis de la corrida, hasta que se satisficieron las exigencias de los veterinarios. El presidente rechazó todavía un toro de estos seis, ante las estruendosas protestas del «respetable».

Pero estoy hablando mucho de los aspectos técnicos del toreo y dejando fuera la consideración «social» de la Feria de San Isidro en Madrid. La corrida «social» por excelencia, y digo social no porque se repartieran entradas gratuitas a los pobres, sino por su carácter de «sociedad», fue precisamente la que he mencionado de la reaparición de Luis Miguel. Fue la única en la que, hasta ahora —y cuando escribo esto faltan aún siete corridas en esta larguísima feria—, se puso el cartel de «no hay billetes» de las grandes tardes. No quedó libre una sola localidad de las veinticinco mil que la plaza tiene. Los «reventas» tuvieron su día grande y se resarcieron de las pérdidas de corridas anteriores. Se llegaron a pagar, según me dijeron, diez mil pesetas por una barrera. Era una corrida absolutamente «obligatoria» en la vida «social» madrileña. Una corrida «a la que había que ir». El patio del desolladero, el lugar donde se encuentra la carnicería en que se desguazan los toros conforme van siendo estoqueados en la arena, y por el que entran y salen de la plaza aquellos que no van solamente a ver, sino sobre todo a ser vistos, tenía el brillo de un cortésano salón en una gran fiesta. La elegancia de las mujeres y el gallardo porte de los caballeros denotaban la conciencia de que estábamos en el acto cumbre de una manifestación cumbre de Madrid, capital del mundo en esto al menos. No estaba presente solamente lo que don Miguel de Unamuno llamaba «la cuernocracia», sino también otras aristocracias más modernas y novedosas en el país. Las élites de Madrid estaban en los toros. Yo pensaba que si se hubiese hecho una encuesta telefónica, se habría comprobado que, a la hora de la corrida, no había «nadie» en su casa o lugar de trabajo. ■ LUIS CARANDELL.